

«El Empecinado», de Goya

Aunque todas funcionen en idéntico circuito, ocupen los mismos espacios e incluso se financien con parecidos fondos, creo que conviene distinguir entre los diversos tipos de exposiciones. Porque una muestra de arte actual tiene poco que ver con la de un maestro o estilo del pasado, y se identifica menos aún con la histórica pura, con la dedicada a un personaje, a un suceso o a un período, sin que neguemos a ésta un carácter artístico que no constituye su motivo principal. Tampoco parece equivalente un enfoque didáctico a uno de investigación, o bien, ya en el segundo, el que verifica una hipótesis al que define un concepto. Entiéndase que el protagonista aquí es tanto o más un hombre en su contexto, «El Empecinado» en la Guerra de la Independencia, dentro del ámbito aragonés, que la obra de Goya, la del pintor que se encargó de retratarlo. Aunque en el cuadro culmine la propuesta. De modo que casi queda fuera de los objetivos críticos, salvo precisamente por la necesidad de advertir cuanto precede.

Sería pretencioso descubrir hoy los valores de Goya y más con lienzo concreto que no suele mencionarse entre los más significativos. Claro que interesa y mucho. Por el rostro enérgico de ojos penetrantes que, como suele decirse, reflejan el temperamento; por el juego de color entre el rojo de la casaca, los dorados adornos y el verde en contraste, y por una dicción franca

para las charreteras y para esa especie de alamares o botonadura. No llega al cuerpo entero, se queda en tres cuartos y no se ven las manos, síntoma casi siempre de un retrato menor. Su brazo derecho está resuelto de forma confusa, quizás porque el modelo posa sólo para la cara y la ropa se trabaja en vacío. Sin embargo, para convencerse de la calidad, compárese con obras de la época u otras efigies de Juan Martín, alguna de las cuales, sólo en gráfica, se hallan entre lo expuesto. No discuto los criterios, avales o fechas que se abordan en catálogo, supongo que con conocimientos de causa, aunque falte aparato crítico expreso.

Juan Martín Díaz, «El Empecinado» (1775-1825), famoso guerrillero que luchó contra los franceses y luego contra el absolutismo, para terminar en el injusto patíbulo, fue admirado por los liberales del XIX. Tengo ante mí, por ejemplo, un precioso ejemplar del «Panteón de los mártires españoles sacrificados por la libertad e independencia» (1848), de Luis Cucalón y Escolano, con una extensa biografía que olvidan los comisarios (por lo demás muy respetables en su quehacer) cuando reseñan obras menos fiables. Pero quizás no he sabido buscarla en un complejo catálogo. También echo en falta referencias sobre las imágenes que arropan la pieza principal. Dentro de los epígrafes («Héroes y Patriotas», «Sublimas Batallas», «La Ciudad Sitiada», «La Mirada del Otro» y

«Fatales consecuencias de la Sangrienta Guerra de España contra Buonaparte») la mayoría corresponde a las «ruinas», de Brambila y Gálvez, que todos conocemos. Pero el resto pudo completarse. Para detalles remito al libro en que colaboré con Jesús Pedro Lorente y a sus capítulos sobre la Guerra de la Independencia en Aragón y sobre las ilustraciones. O a las de Unceta y a sus fuentes.

Lo dicho en nada empaña un trabajo muy interesante, propio del alto nivel de sus comisarios, para una muestra fundamentalmente histórica, de posible uso didáctico (como demostraron las siempre eficaces páginas de HERALDO ESCOLAR), que además nos permite acercarnos a un óleo de Goya adquirido por una importante colección japonesa.—A. A.



«El Empecinado», obra de Francisco de Goya